

María, Nueva Eva, y su colaboración  
en la Redención según los Padres

Por Lucas F. Mateo-Seco

«El Padre de las Misericordias —leemos en la Constitución Dogmática *Lumen Gentium*— quiso que precediera a la encarnación la aceptación de parte de la Madre predestinada, para que así como la mujer contribuyó a la muerte, así también contribuyera a la vida»<sup>1</sup>. Se da en la historia de la salvación un paralelismo entre Eva y María: Eva junto a Adán, María junto a Cristo; en forma análoga a como la primera contribuye a la muerte, la segunda contribuye a la vida.

En este marco encuadra el Concilio Vaticano II su comentario a la anunciación y a la lúcida voluntariedad con que María acepta ser la Madre de Jesús, Redentor del mundo<sup>2</sup>, recogiendo así una afirmación que puede considerarse doctrina común de los Padres. En efecto, este paralelismo antitético —María como Nueva Eva— se encuentra expresado con claridad e insistencia desde los primeros escritos cristianos y constituye el primer acercamiento de los Santos Padres a la doctrina de la cooperación de Santa María a la obra de la Redención<sup>3</sup>.

1 Cons. Dogm. *Lumen gentium*, n. 56.

2 Esta consciencia con que la Virgen acepta ser Madre del Redentor es descrita con expresiones como éstas: «La Virgen María, que según el anuncio del ángel recibió al Verbo de Dios en su corazón y en su cuerpo...» (n. 53); «Así, María, hija de Adán, aceptando la palabra divina, fue hecha Madre de Jesús, y abrazando la voluntad salvífica de Dios con generoso corazón y sin el impedimento de pecado alguno, se consagró totalmente a sí misma, cual esclava del Señor, a la persona y a la obra de su Hijo, sirviendo al misterio de la Redención con El y bajo El, por la gracia de Dios omnipotente. Con razón, pues, los Santos Padres estiman a María no como un mero instrumento pasivo, sino como una cooperadora a la salvación humana por la libre fe y obediencia» (n. 56).

3 Como es sabido, la bibliografía sobre nuestro tema es abundante. Baste citar los siguientes trabajos, sin pretensión de exhaustividad: L. Cignelli, *María nuova Eva nella patristica greca* (Asis 1966); E. Guldán, *Eva und Maria. Eine Antithese und Bilmotive* (Graz 1966); J. A. de Aldama, *María en la patristica de los siglos I-II* (Madrid 1970) pp. 264-300; C. Pozo, *María en la obra de la salvación* (Madrid 1974) pp. 32-42; G. Jouassard, 'La parallèle Eve-Marie aux origines de la patristique', *Bible et vie chrétienne* 7 (1954) pp. 19-31; E. Druwe, 'La Médiation universelle de Marie', en *Du Manoir, María*, t. I (Paris 1949) esp. pp. 460-517; G. Roschini, *Diccionario mariano* (Barcelona 1964) pp. 198-206. Igualmente es la bibliografía en torno a las relaciones entre María y la Iglesia en los Padres, tema que suele aparecer entrelazado con el de Eva-María. Cf. p. ej., F. de P. Sola, 'María y la Iglesia en los Padres orientales', *Estudios marianos* 18 (1957) pp. 169-86; J. Solano, 'María y la Iglesia en los Padres occidentales', *ibid.*, pp. 187-206; G. Philips, 'Marie et L'Eglise', en *Du Manoir*, t. VII (Paris 1964) esp. pp. 375-85.

Es conocidísimo el texto de San Justino contenido en el *Diálogo con Trifón*<sup>4</sup>:

«...se hizo hombre por medio de la virgen, a fin de que, por el camino que empezó la desobediencia venida de la serpiente, por ese camino también se destruyese. Porque Eva, siendo virgen e incorrupta, habiendo recibido la palabra salida de la serpiente, dió a luz desobediencia y muerte; y María, la virgen habiendo recibido fe y alegría al anunciarle el ángel Gabriel la buena nueva de que el Espíritu del Señor vendría sobre ella y el poder del Altísimo la cubriría con su sombra, por lo que también lo engendrado, santo, es hijo de Dios, respondió: *Hágase en mí según tu palabra*. Y de ella nació aquel de quien hemos demostrado hablaron tantas Escrituras, por quien Dios destruyó la serpiente con los hombres y ángeles que se le asemejan, mientras que libra de la muerte a quienes se arrepienten de sus malas acciones y creen en El»<sup>5</sup>.

Muchos de los comentarios suscitados por este texto<sup>6</sup>, en el que aparece con nitidez que desde la primera reflexión teológica cristiana se considera a Santa María en su estrecha relación con el Redentor y no sólo que lo engendra, sino en cuanto que también participa en la obra redentora.

El texto de San Justino parte de la enunciación de un principio general: existe un coherente plan divino, una economía de la redención, según el cual los hechos salvadores destruyen el mal del pecado por un camino relacionado con aquel por el que se introdujo el pecado: frente a la desobediencia de Adán, la obediencia de Cristo, nuevo Adán; el camino de la obediencia, sin embargo, tiene el mismo inicio que el de la desobediencia: la mujer.

San Justino aquí es categóricamente explícito: el pecado comienza por la aquiescencia de una virgen (Eva) a la insinuación de la serpiente; la redención, por la aceptación de otra virgen (María) de la palabra de Gabriel<sup>7</sup>. Interesa destacar que el paralelismo surge de la relación anotada por San Justino entre el episodio de la caída de Eva y la Anunciación hecha a María; más aún esta relación aparece basada en el hecho de ser mujeres Eva y María y en la libertad

4 Sobre si este texto es el primero, o ya utiliza el paralelismo la *Epistola a Diogneto*, cf. J. A. de Aldama, *María en la patristica de los siglos I y II* (Madrid 1970) pp. 268-68.

5 *Diálogo con Trifón*, n. 100, 4-5, PG 6, 710.

6 Cf. p. ej., G. Jouassard, 'La nouvelle Eve chez les Pères anténicéens', *Etudes mariales* 12 (1954) pp. 35-37; J. A. de Aldama, op. cit., pp. 268-72.

7 La Virgen María recibe fe y alegría con el anuncio del ángel. Utilizando un delicado pensamiento, habitual en la primera literatura cristiana apócrifa, Justino contrapone al dolor que anuncia la concepción en Eva, la alegría que anuncia en la Virgen su concepción de Cristo. «En la misma línea —escribe Aldama— y anteriormente a San Justino debe citarse *Epistola Apostolorum* 14 (...), donde dice Jesús a sus discípulos: *Aparecí a (la Virgen) María en figura de arcángel Gabriel y hablé con ella, y su corazón me recibió y creyó, y se rió, y yo, el Verbo, entré en ella y me hice carne*» (op. cit., p. 271, nt. 26).

con que cada una actúa<sup>8</sup>. Sin embargo, en el mismo lugar, la interpretación de Gén 3,15 es también clara: no la mujer, sino la descendencia de la mujer es la que pisa la cabeza de la serpiente: la aceptación de María contribuye a la salvación porque engendra a Aquel «por quien Dios destruyó la serpiente». Quiero hacer notar con esto que el paralelismo Eva-María no está en dependencia de la interpretación que se da a Gén 3,15, sino de la gran afirmación paulina contenida en el capítulo 5 de la Carta a los Romanos concerniente al paralelismo Adán-Cristo, obediencia-desobediencia.

La forma en que Justino aplica su afirmación de la coherencia existente en la economía salvífica implica basarse en la capitalidad de Adán y Cristo, y en la centralidad de cada uno en la obra que realiza; implica también conceder un papel activo a cada una de las mujeres: de ahí el subrayado de la voluntariedad en la aceptación de cada una.

Este «principio de recirculación» influye con fuerza en San Ireneo<sup>9</sup>. El paralelismo Eva-María parece idéntico en sus trazos fundamentales, distinto en detalles accidentales, y enriquecido teológicamente. La imagen utilizada como hilo conductor es la siguiente: la redención consiste en desatar los lazos que nos aprisionan recorriendo con actos virtuosos y en sentido inverso el camino que nos llevó a la esclavitud.

El paralelismo Eva-María adquiere un matiz nuevo y personalísimo de Ireneo en este párrafo del capítulo 18 del libro III del *Adversus haereses*:

«De igual forma, pues, que por la desobediencia de un hombre, que fue primeramente modelado de la tierra no trabajada, fueron constituidos pecadores los muchos y perdieron la vida, también fue conveniente que los muchos fueran justificados y recibieran la

8 Este paralelismo dio pie desde los primeros momentos —claro va a aparecer en Justino— para poner de relieve la dignidad de la mujer, de María y de Eva, rescatada por María. Comenta J. H. Nicolás: «María es, pues, la nueva Eva en la cual la idea divina de la mujer encuentra su realización trascendente (...). Ella es en efecto la Mujer consagrada por la Encarnación en su seno de su Dios. La condición de la mujer y su papel en el mundo, tal y como los había descrito el relato del Génesis, son transfigurados» (J. H. Nicolás, 'La doctrine mariale et la théologie de la femme', en *Du Manoir*, t. VII [Paris 1964] p. 357).

9 El principio de recirculación, es decir, la consideración de que entre la caída y su reparación existe un paralelismo antitético —se trata de desandar el camino erróneamente andado, p. ej., desatando el nuevo Adán por su obediencia lo que ató el primer Adán por su desobediencia—, es un principio general que se aplica a toda la obra redentora y a Santa María porque se inserta en esa obra. Así lo hace notar J. M. Bover en 'Los principios mariológicos', *Estudios marianos* 3 (1944) p. 21. Este principio de recirculación aplicado a María encuentra su primera formulación en Justino y es clave en el pensamiento mariológico de Ireneo. Muestran así la orientación totalmente cristocéntrica de su teología sobre la Madre de Jesús.

salvación por la obediencia de un hombre modelado primeramente de una virgen»<sup>10</sup>.

La cita de Romanos 5.12 y 19 es casi literal. Cristo es el nuevo Adán que rehace con su obediencia aquello que destruyó la desobediencia del primer hombre. Como en Justino, junto a Adán aparece Eva; junto a Cristo, María. Lo original de Ireneo en la amplificación del paralelismo estriba en que utiliza la figura de Santa María aquí en su lucha contra los gnósticos. En efecto, estos, por su desprecio hacia la materia eran docetas, es decir, negaban a Nuestro Señor un cuerpo verdadero. El cuerpo de Cristo, según ellos, era un fantasma, mera apariencia. De ahí que los gnósticos entendiesen que Nuestra Señora era virgen sin que esto fuese milagroso: era natural que el cuerpo fantasmal no rompiera la virginidad.

Ireneo lucha denodadamente para mantener intactas ambas verdades —maternidad y virginidad de María— recibidas de la Tradición. Entre los argumentos que aduce se encuentra el de la *recirculación*, la recapitulación que Cristo hace en sí de Adán. En efecto, continúa un poco más adelante: «Y recapituló en sí la antigua plasmación (...). Y de igual forma que aquel Adán, el primer modelado, de tierra no cultivada y todavía virgen («*pues todavía no había llovido Dios y el hombre no había trabajado la tierra*» Gen 2,5), tuvo sustancia y fue modelado por la mano de Dios, esto es del Verbo de Dios (*pues todo fue hecho por medio de El*, Jn 1,3), y tomó Dios limo de la tierra y plasmó al hombre, así el Verbo ya existente, recapitulando en sí a Adán, recibía justamente de María, que todavía era virgen, la generación de la recapitulación de Adán»<sup>11</sup>.

El paralelismo está aquí situado en un ámbito distinto, no propiamente el de Eva, sino en el de *tierra virgen*, y el peso de la argumentación va a que de igual forma que Adán recibió sustancia de la tierra, el nuevo Adán recibió verdadera sustancia de Santa María. La conclusión es clara: «Yerran pues quienes dicen que (el Verbo) no recibió nada de la Virgen; si niegan la heredad de la carne, niegan también la semejanza»<sup>12</sup>.

La recapitulación que Cristo hace de Adán lleva en la argumentación ireneana al pensamiento de que así como Eva está junto a Adán, María está junto a Cristo. En la aplicación de este paralelismo, Ireneo —como hemos visto— mantiene una libertad que le hace estar por encima de la búsqueda de una simetría perfecta.

Sin embargo, el paralelismo Eva-María existe y es utilizado por Ireneo con fuerza en dependencia de la recapitulación que el Verbo hace en sí mismo de Adán. «Consecuentemente —escribe— es virgen y obediente cuando dice: *He aquí tu esclava, Señor; hágase en mí según tu palabra* (Lc 1,38). Eva, en cambio, es desobediente; no obe-

10 *Adv. Haer.*, III, 18 PG 7, 93 8(SCh. 34, 328).

11 *Adv. Haer.*, III, 21, PG 7, 954 C - 955 B (SCh. 34 370-72).

12 *Ibid.*

decía cuando aún todavía era virgen. De igual forma que ella, teniendo como varón a Adán, siendo aún todavía virgen, fue desobediente y se convirtió para sí misma y para todo el género humano en causa de muerte, así María teniendo destinado un varón y, sin embargo, virgen, obedeciendo se hizo causa de salvación para sí misma y para el género humano»<sup>13</sup>.

A la comparación virginal de la tierra-*virginidad* de María, efectuada anteriormente, Ireneo compara ahora la virginidad de María, ya desposada, con la virginidad de Eva<sup>14</sup>. Pero la línea de fuerza de la comparación se cifra —como en San Justino— en obediencia-desobediencia, es decir, en la comparación de Gen 3 con la Anunciación. El párrafo citado contiene una frase que no puede menos de impresionar: la Virgen, «obedeciendo», se hace «*causa de salvación para sí misma y para todo el género humano*». Ni la desobediencia ni la obediencia quedan encerradas en la esfera personal, sino que influyen poderosísimamente en la historia religiosa del mundo; sus efectos alcanzan a todo el género humano. Son realmente causa de salvación o ruina. De igual forma que la cooperación de Eva al pecado de Adán y su influencia en el mal que grava sobre el mundo es una influencia situada a un nivel distinto y muy superior a aquel nivel en el que nosotros influimos en este mal, así también la influencia de Santa María en la salvación de los hombres se sitúa a un nivel distinto: su obediencia es causa de la salvación de todo el género humano<sup>15</sup>.

13 *Adv. Haer.*, III, 22, PG 7, 958 B-C (SCh. 34, 372-74).

14 «Eva y María —comenta Aldama—, son, ambas, vírgenes en el momento en que van a intervenir en el drama del género humano; ambas están desposadas a un varón y a ambas se las llama *uxor* a pesar de su virginidad. Ambas reciben un mensaje angélico: Eva de la serpiente, que malamente la seduce; María, de Gabriel, cuya buena nueva lleva el sello de la verdad. Ambas acceden al mensaje que se les propone. Pero con una diferencia radical: el consentimiento de Eva se basa en una incredulidad (no creo la verdad de la divina amenaza) y lleva consigo una positiva desobediencia al precepto de Dios; el consentimiento de María es, a la vez, fe y obediencia sumisa a la voluntad divina» (op. cit., p. 281).

15 El final de este pasaje de Ireneo es citado por la Const. Dogm. *Lumen gentium*, n. 56, siguiendo la versión latina, que poseemos, «*obediens et sibi et universo generi humano causa facta est salutis*», que el traductor de la edición de la BAC endurece al poner: «obedeciendo fue causa de la salvación propia y de la del género humano entero». En el texto traduzco «se hizo causa de salvación para sí misma», por respeto al texto latino, aunque pienso que lleva razón Aldama cuando opina: «Si tenemos en cuenta los procedimientos del traductor latino (que cambia con frecuencia *autós* por *cautós*), es muy posible que, en vez de *sibi* haya que leer *ipsi* (es decir, Eva)» (op. cit., p. 282, nt. 67). En este caso, ese texto nos confirmaría «en que San Ireneo veía en la acción salvífica de María algo que se refería particular y singularmente a Eva. Podemos, pues, concluir que el Obispo de Lyon vio en el consentimiento obediente de María al mensaje angélico un acto que tuvo repercusiones para la salvación de todo el género humano; precisamente por eso cita el texto de San Ireneo la Const. dogm. *Lumen gentium*. Pero para el Santo ese acto tuvo repercusiones muy

La perícopa tiene una gran unidad y coherencia<sup>16</sup>, y concluye con esta frase cuya fuerza es buena prueba de la radicalidad en que ha de tomarse el papel de la nueva Eva en la historia de la salvación según Ireneo: «Así pues, el nudo de la desobediencia de Eva recibió solución por la obediencia de María. Porque lo que ató la virgen Eva por medio de su incredulidad, esto lo desató la virgen María por medio de su fe»<sup>17</sup>.

### 1. LA MUJER Y LA SERPIENTE

Al igual que Justino, Ireneo entiende que quien pisa la cabeza de la serpiente no es la Mujer, sino su descendencia. El paralelismo Eva-María descansa —como ya hicimos notar con respecto a San Justino—, sobre el paralelismo Cristo-Adán y no sobre la interpretación de este versículo. He aquí un texto breve y claro:

«La Escritura dice que Dios dijo a la serpiente: *Y pondré enemistad entre tí y entre la mujer, y entre tu descendencia y la suya. Ella (la descendencia) aplastará tu cabeza, y tu acecharás a su calcañar* (Gen 3,15). Esta enemistad la recapituló el Señor en sí mismo, hecho hombre de mujer, y pisando su cabeza»<sup>18</sup>. La misma argumentación encontramos en otros lugares, donde María aparece siempre junto a Cristo, cooperando a la obra de la salvación, mientras Cristo es quien realmente aplasta la cabeza de la serpiente, es decir, el pecado, no sólo el pecado original, sino todo el reino del pecado y la muerte:

«Por esta razón, puso enemistad entre la serpiente y la mujer y su descendencia, de forma que ambas partes se observan mutuamente, la una habiendo sido mordida en el talón, pero teniendo fuerza suficiente para aplastar su cabeza. Esto sucedió en el parto de María, del cual decía el Profeta: «*Andarás sobre el áspid y el basilisco, y pisarás el león y el dragón* (Ps 90,13)», significando que aquel pecado que se había levantado y dilatado contra el hombre, que extinguía en él la vida, sería destruido y con él el imperio de la muerte, que sería pisado por la posteridad de la mujer»<sup>19</sup>.

especiales en relación con Eva» (J. A. de Aldama, 'Sibi causa facta est salutis, o ipsi causa est salutis?', *Ephemerides mariologicae* 16 [1966] p. 321).

<sup>16</sup> La perícopa del III, 22, 3-4 forma un todo completo, sólidamente articulado, como hace notar A. Rousseau. En ella se distinguen con claridad tres párrafos: en el primero, Ireneo trata del nuevo Adán; en el segundo, de la nueva Eva; en el tercero, vuelve sobre el nuevo Adán y la nueva Eva para repetir en las fórmulas más condensadas y sugestivas el papel de uno y otra en la historia de la salvación. (Cf. A. Rousseau, *Irenée de Lyon, Contre les hérésies*, L. III, SCh. 210, p. 369).

<sup>17</sup> *Adv. Haer.*, III, 22, 4, PG 7, 960 A (SCh. 34 378-82).

<sup>18</sup> *Adv. Haer.*, IV, 40, PG 7, 1114 B (SCh. 100, 982).

<sup>19</sup> *Adv. Haer.*, III, 23, 7, PG 7, 964 B (SCh. 34, 394-95).

### 2. MARIA, ABOGADA DE EVA

En este paralelismo Eva-María, parece claro que Ireneo señala que la obediencia de María salva a Eva. Lo hemos visto en los párrafos anteriormente citados en los que Ireneo afirma que la obediencia de María es «causa de salvación para sí y para todo el género humano». Lo vemos con mayor detalle en párrafos como este:

«De igual forma que aquella (Eva) fue seducida por la palabra angélica (diabólica) para que huyese de Dios, transgrediendo su mandato, así esta (María) fue evangelizada por la palabra del ángel para que llevase a Dios, obedeciendo a su palabra. Y aunque aquella desobedeció a Dios, ésta, sin embargo, fue persuadida para que obedeciese a Dios, para que la virgen María fuese abogada de la virgen Eva. Y de igual forma que el género humano fue encadenado a la muerte por medio de una virgen, es salvado por una virgen, arreglada la virginal desobediencia con justa balanza por medio de la virginal obediencia»<sup>20</sup>.

Frente a la seducción de Eva, la evangelización de María; frente a la transgresión que Eva comete huyendo de Dios, la obediencia de María que le hace llevar en su seno a Dios. Estas dos mujeres están tan relacionadas que María no sólo recapitula en sí a Eva, sino que se convierte en su *abogada*. El pensamiento vuelve a reaparecer en la *Epideixis*: «a fin de que una virgen —escribe allí— se convirtiese en la abogada de una virgen, destruyese y aboliese la desobediencia de una virgen»<sup>21</sup>.

Como ha hecho notar el P. Aldama, la palabra *advocata* ha sido traducida como intercesora, defensora, auxiliadora, consoladora, patrona, abogada<sup>22</sup>. Desde el punto de vista filológico es imposible saber cuál es el término original usado, pues en ninguno de los dos casos se conserva el texto original. La traducción armenia sugiere que el término original era el de *parákletos*<sup>23</sup>. El sentido sería entonces *defensora*, quizás *consoladora*. El contexto, en cambio, aclara bastante cuando Ireneo quiere decir con esta afirmación: María *abogada* de Eva.

Ireneo dice, en primer lugar, que María es *causa*, por su obediencia, de la salvación de todo el género humano; añade también que María es defensora de Eva precisamente por su obediencia. No parece que se pueda entender aquí *advocata* como intercesora en el sentido de que Santa María intercediese por Eva, sino como que es la misma *obediencia* de María la que, al destruir la obra de Eva y

<sup>20</sup> *Adv. Haer.*, V, 19, 1-2, PG 7, 1175 A - 1176 B.

<sup>21</sup> *Demonstratio apostolicae praedicationis*, 33, SCh. 62, 86.

<sup>22</sup> J. A. de Aldama, op. cit., p. 287.

<sup>23</sup> Jourjon propone traducir *advocata* por «llamando a la salud», es decir, María llamaría a Eva a la salvación. M. Jourjon, 'Aux origines de la prière d'intercession de Marie', *Etudes mariales* 23 (1966) p. 42.

sus consecuencias, defiende a la misma Eva, al interrumpir el funesto proceso causal que ella inició con su desobediencia.

Como ha hecho notar Lebon, el paralelismo Eva-María se encuentra entrelazado y responde al otro paralelismo Adán-Cristo tan fuertemente subrayado por San Pablo, y toda esta elaboración sería anterior a San Justino quien, lo mismo que harían después Ireneo y Tertuliano, toman del tema tradicional los elementos que mejor cuadran a su propio contexto. En cualquier caso es evidente que el paralelismo aparece en Justino e Ireneo claramente desarrollado y sin ninguna indecisión o duda, como algo ya admitido universalmente, de forma que la intervención de Santa María en la Redención, como asociada a la Redención más allá de la mera cooperación física encuentra aquí su primera expresión escrita<sup>24</sup>.

### 3. LA CARNE DE CRISTO

El paralelismo Eva-María es iniciado por Tertuliano en un contexto muy similar al que hemos visto en Ireneo: defendiendo la rotundidad del cuerpo de Cristo, la verdadera maternidad de Santa María frente a los gnósticos. Aparece en Tertuliano el mismo hilo argumentativo que en Justino e Ireneo, de forma que el recurrir a este paralelismo parece más bien una tradición que se transmite con veneración.

La cuestión que se plantea Tertuliano es si Cristo «recibió la carne de la Virgen», si «tomó sustancia de matriz humana». Y, tras señalar que convenía que el Verbo recibiese carne de una virgen, ya que Adán había sido hecho de tierra virgen, prosigue: «La palabra del diablo había entrado en Eva, edificando la muerte; debía introducirse también en una virgen la palabra (*verbum*) de Dios, edificador de la vida, para que lo que había corrido hacia la perdición por el sexo (femenino), fuese vuelto a la vida por el mismo sexo. Eva había creído a la serpiente; María creyó a Gabriel. El pecado que aquella cometió al creer, esta lo corrigió creyendo»<sup>25</sup>. Y prosigue poniéndose la siguiente objeción contra el paralelismo Eva-María: «Pero Eva no concibió en su vientre nada de la palabra del diablo», y contesta: «Claro que concibió. La palabra del diablo le sirvió de semilla para que diese a luz cosas abyectas, para que diese a luz con dolor. Dió a luz finalmente al fratricida diabólico. Por lo contrario, María dió a luz a aquel que salvó a su hermano carnal Israel, su asesino. Así pues, Dios encerró su Verbo, buen hermano, en el seno, para erradicar la memoria del mal hermano. Por lo tanto, para la salvación de los hombres el Verbo debió venir de allí donde el hombre había sido ya condenado»<sup>26</sup>.

<sup>24</sup> Cf. J. Lebon, 'Sur la doctrine de la médiation mariale', *Angelicum* 35 (1958) pp. 3-35.

<sup>25</sup> *De carne Christi*, 17, 1-, PL 2, 781 B - 782 C.

<sup>26</sup> *Ibid.*

A partir de estos venerables textos, el paralelismo Eva-María se repite constantemente en los Padres, en una exégesis que, a veces, resulta barroca y forzada<sup>27</sup>, aunque las líneas fundamentales señaladas ya por Justino e Ireneo se mantienen. San Efrén extenderá a Santa María el hollar el pié de la serpiente y escorpiones, porque quitó el error que reinó por medio de la serpiente, para que reine la verdad de aquel que dio potestad de pisar serpientes y escorpiones, es decir, sus reyes. Y puesto que aquel hirió al calcañar de Eva, el pie de María aplastó su cabeza»<sup>28</sup>. Y más adelante: «Puesto que la muerte había entrado por oído de Eva, la vida entró por el oído de María; y puesto que el hombre había contraído deudas por medio de un árbol, Cristo vino y las pagó por un árbol»<sup>29</sup>.

### 4. EL SERMON DE ANNUNTIATIONE DOMINI

Como muestra de la forma en que se plasma el desarrollo del paralelismo Eva-María en el siglo IV, fijémonos en un Sermón atribuido con toda probabilidad a Gregorio de Nisa<sup>30</sup> y que consiste en una exposición glosada del pasaje de la Anunciación. Su estilo es sencillo y no exento de fresca ingenuidad. Pero bajo esta sencillez e ingenuidad aparentes, el Obispo de Nisa plasma su ciencia teológica y deja entrever su estrecha conexión con la mariología de los siglos II y III.

En el mes sexto, tras la concepción del Precursor en el seno estéril de Isabel, el ángel Gabriel es enviado por el Verbo, «Sol de Justicia», a anunciar a Santa María el misterio de la Encarnación. He aquí un trozo del diálogo del Verbo con el Arcángel al enviarlo: «Ve a la ciudad de Galilea, a la Virgen María, la desposada con el obrero José. Pues yo hacedor (obrero) de toda criatura, me he desposado a esta virgen para la salvación de los hombres (...). Quiero renovar el género humano en el seno virginal; quiero en forma atemperada al hombre amasar de nuevo la imagen que modelé; quiero curar con una nueva modelación la vieja imagen hecha pedazos. Modelé de tierra virgen al primer hombre a quien el diablo, tomándole, lo

<sup>27</sup> Cf. p. ej., los *Hymni de Nativitate* 17 y 22 de Efrén Siro, CSCO, 187, 79-81, 102-104.

<sup>28</sup> *Explanatio Evangelii concordantis*, 10, 13, CSCO 145, 67-68.

<sup>29</sup> *Ibid.*, 20, 32, CSCO 145, 218.

<sup>30</sup> Este sermón, editado en el Migne entre los espúreos de San Juan Crisóstomo, parece que puede atribuirse a Gregorio de Nisa, como muestra René Laurentin ('Table rectificative des pièces authentiques ou discutées contenues dans les deux Patrologies de Migne', en *Court Traité de Théologie Mariale* [Paris 1953] p. 163). Su estructura es muy simple —consiste en una exposición lenta y glosada de Lc 1, 26 ss.— y su estilo es sencillo y no exento de fresca ingenuidad. Se ve en él la estrecha conexión con la mariología de los siglos II y III. Las afirmaciones aquí contenidas, por otra parte, muestran una gran coherencia con el pensamiento nisenso. He hecho un estudio detenido en este 'Sermo', en *Estudios sobre la cristología de Gregorio de Nisa* (Pamplona 1978) pp. 385-99.

arrastró y hundió como enemigo, y pateó mi imagen caída. Quiero ahora hacerme para mí de tierra virgen un nuevo Adán, para que la naturaleza se defienda a sí misma en forma congruente»<sup>31</sup>.

Se mantiene el tema inicial de Ireneo: virginidad de la tierra-virginidad de María. En su bella descripción literaria, el Niseno lleva el paralelismo hasta San José: busca a una virgen desposada con un obrero, puesto que El, el Verbo, es el obrero de toda criatura. Estimo como muy importante la afirmación que sigue y el término usado: desposar; el Verbo va a tomar para sí, va a *desposarse* a esta Virgen, para la salvación de los hombres. Conviene subrayar que este *tomar para sí*, este *desposar*, incluye dos sentidos fundamentales: la va a hacer Madre suya en forma milagrosa, sin concurso de varón, por actuación inmediata de la Divinidad sobre su carne; al mismo tiempo, el uso del verbo *desposar*, para indicar que va a convertir a Santa María en su Madre, parece indicar que el Niseno está pensando esta maternidad en sentido más prolongado que el mero hecho de llevarle en el seno. No parece lógico reducir el desposorio del Verbo con su Madre al mero momento de la concepción o del parto; parece congruente pensar que ese desposorio del Verbo con la Doncella es para siempre, relacionándola en forma excepcionalísima a su obra redentora.

En el saludo del Ángel a Santa María —el Niseno parafrasea con lentitud este saludo—, se repite el paralelismo Eva-María. Estalla ahora con fuerza la antítesis, en un párrafo en que el Niseno sintetiza cuanto hemos visto hasta ahora: «llega, pues, a la Virgen María el ángel, y entrando a ella, le dice: *Dios te salve, llena de gracia* (...). Tu primera madre, Eva, por haber transgredido el mandato, recibió el castigo de dar a luz con dolor; a tí te corresponde en cambio el saludo de la alegría. Ella engendró a Caín, habiendo engendrado la envidia y el homicidio; tu engendrarás un Hijo que dará la vida y la incorrupción a todos (...). Alégrate, y *pisa la cabeza de la serpiente*»<sup>32</sup>.

Es la Encarnación la razón por la que se dice de Santa María que pisa la cabeza de la serpiente; al engendrar al Hijo que dará la incorrupción a todos. El Niseno sólo añade a la antítesis Eva-María un pequeño detalle; la alegría plena en Santa María, sin mezcla de dolor alguno. El paralelismo Eva-María vuelve a aparecer con matices verdaderamente interesantes en el Sermón *in natali Domini*, o *in diem natalem Christi* que puede atribuirse al Niseno con serio fundamento y que indiscutiblemente pertenece a su entorno teológico<sup>33</sup>. Este paralelismo se enriquece por la alusión a la presencia de

31 *Sermo de Annuntiatione*, PG 62, 765.

32 *Ibid.*, PG 62, 766.

33 El *Sermo in natali Domini* o *in diem natalem Christi* es colocado en la edición de Migne entre los que se atribuyen al Niseno en forma dudosa (PG 46, 1127). Ya Severo de Antioquía menciona su existencia, lo atribuye a Gregorio de Nisa y cita de él un largo trozo, concretamente el párrafo dedicado a la

Santa María en el Calvario, que parece insinuar el tema de la corrección, al poner de relieve cómo la nueva Eva colabora con la salvación de los hombres:

«Por un hombre entró la muerte, y por un hombre la salvación. El primero cayó en el pecado; el segundo levantó al caído. La mujer defiende a la mujer; la primera abrió la puerta al pecado, la segunda abrió la puerta a la justicia. Aquella siguió el consejo de la serpiente; esta ofreció el vencedor de la serpiente y dio a luz al autor de la luz. Aquella introdujo el pecado por medio de un árbol; esta, por el contrario, trajo el bien por medio de un árbol. Me refiero al árbol de la cruz. El fruto de este árbol está siempre florido e inmortal y se hace vida inmortal para quienes le gustan»<sup>34</sup>.

La centralidad la ocupa siempre Nuestro Señor. A partir de aquí se concatenan el paralelismo y las antítesis. María defiende a Eva y abre la puerta a la justicia. Eva y María aparecen relacionadas con un árbol: Eva con el del Paraíso; María con el de la Cruz. De igual forma que Eva no fue instrumento inerte para traer el pecado y la muerte, Santa María tampoco lo es al ofrecer al Redentor. El Niseno deja entrever con sobriedad un inabarcable panorama al relacionar la presencia de Santa María junto a la Cruz con el paralelismo Eva-María.

El paralelismo Eva-María, destacando la maternidad —Eva de todos los vivientes, Santa María de los que se salvan— se torna así tema común en el siglo IV, tanto en Oriente como en Occidente. A él se refieren con peculiar fuerza San Jerónimo<sup>35</sup> y San Juan Crisóstomo<sup>36</sup>. A este paralelismo dedica dos largos capítulos San Epifanio. He aquí algunos párrafos:

«Esta (Santa María) es aquella a la que prefiguró Eva, que es llamada madre de los vivientes no sin cierto enigma. Pues Eva es llamada madre de los vivientes precisamente tras haber oído: *Eres tierra y en tierra te has de convertir*, es decir, tras cometer el pecado. Es ciertamente digno de admiración que tras cometer el pecado recibiese tan preclaro título. Sin embargo, si consideras lo exterior y

figura de Zacarías (Cf. 'The letter of the holy Mar Severus Patriarch of Antioch, to Anastasia the diaconess', *Patrologia Orientalis*, IV, pp. 82-85). El *Sermo* puede considerarse como perteneciente al entorno teológico niseno, si bien es necesario tener presente, como apunta Alvarez Campos (*Corpus marianum patristicum*, II [Burgos 1970] p. 260), que es de temer que se encuentre interpolado.

34 PG 46, 1148 A-B.

35 «Mors per Evam: vita per Mariam» (*Epistola* 22, 21, PL 22, 408). Esta frase lapidaria ha de entenderse de su cooperación a la redención por medio de la concepción y el parto y no en forma estricta de la aplicación directa de las gracias de la salvación.

36 «Una virgen nos echó del paraíso y por medio de otra virgen hemos hallado la vida eterna» (*In Ps.* 44, 7, PG 55, 153); «En lugar de Eva, María; en lugar del árbol de la ciencia del bien y del mal, el árbol de la cruz; en lugar de la muerte de Adán, la muerte del Señor» (*Hom. in Sanctum Pascha*, 2, PG 52, 768).

obvio a los sentidos, de esta misma Eva ha tenido origen todo el género humano de la tierra. Así también la misma vida ha sido introducida en la tierra por María Virgen, *que ha dado a luz al que vive y es madre de todos los vivientes* (...). Eva fue causa de muerte para todo el género humano; por ella entró la muerte en toda la tierra; María dió causa a la vida; por ella la vida fue engendrada para nosotros. Y por esta razón el Hijo de Dios vino a este mundo, y *donde abundó el delito sobreabundó la gracia* (Rom 5,20) (...)<sup>37</sup>.

Y más adelante, San Epifanio enlaza la maternidad de Eva con la maternidad de Santa María y la Iglesia: «Si observamos con agudeza las Escrituras, veremos que cuando se habla de Adán utilizan el término de *formar*; de Eva no dicen que ha sido *formada*, sino *edificada*. *Tomó, pues, dice, una costilla de él y se la edificó en mujer*. Para que entendiésemos que el Señor se plasmó a sí mismo de María un cuerpo; y que, sin embargo, la Iglesia fue edificada de su mismo costado, cuando su costado fue herido arriba y de él fluyeron los misterios del agua y la sangre para nuestra purificación»<sup>38</sup>.

Sorprende a Epifanio de Salamina que Eva sea llamada *madre de los vivientes*, precisamente tras el pecado. Sin embargo —prosigue en su argumentación—, es entonces cuando puede ser llamada así con propiedad, pues este nombre le ha sido dado en atención a María. Es ahora, tras el pecado, cuando se anuncia al Redentor —Epifanio también interpreta en este lugar que quien pisará la cabeza de la serpiente es la descendencia de la mujer<sup>39</sup>—, cuando se perfigura la universal maternidad de su Madre al decir de Eva que será la madre de todos los vivientes, para que al igual que en su virginidad —Epifanio ha vuelto a citar la virginidad de Eva al cometer el pecado— Eva sea figura de Santa María.

María, al engendrar la misma vida, es madre de todos los vivientes: es madre por su obediencia; es madre al engendrar el Hijo y al mismo tiempo es madre de todos. La diferencia con la Iglesia, dado el giro en que aplica la comparación y cita de Génesis, aparece aquí subrayada: María es madre de los vivientes precisamente porque de ella ha sido formado Cristo; la Iglesia es *edificada* del costado de Cristo y nos engendra para Él a través del sacramento del bautismo.

Los testimonios se suceden tanto en Oriente como en Occidente a un ritmo creciente<sup>40</sup>, conservando siempre las líneas de fuerza que

<sup>37</sup> Panarion, 78, 18, PG 42, 728-29. Cf. D. Fernández, *De mariología S. Epiphani* (Roma 1968).

<sup>38</sup> *Ibid.*, 19.

<sup>39</sup> «Pues allí Dios habla así a la serpiente: *Pondré enemistad entre ti y ella, entre tu descendencia y la suya* (...). Por esta razón, el Unigénito Hijo de Dios salió de la mujer para pisar a la serpiente, esto es, la corrupción, el fraude, el error y la maldad de la doctrina impia» (*ibid.*).

<sup>40</sup> Un elenco bastante exhaustivo se encuentra en S. Alvarez Campos, *Corpus marianum patristicum* (Burgos 1970).

encontramos expresadas por primera vez en San Justino. «Por la virgen Eva —dirá San Cirilo de Jerusalén— vino la muerte; convenía que la vida viniese por la Virgen, que apareciese *de* la virgen. Para que así como a aquella la engañó la serpiente, a esta Gabriel le trajese el feliz anuncio»<sup>41</sup>. Y San Ambrosio: «Adán fue hecho de tierra virgen, Cristo de una virgen; aquel fue hecho a imagen de Dios, este es la imagen de Dios; aquel fue antepuesto a todos los animales irracionales, este a todos los vivientes. Por medio de la mujer vino la estupidez, por la virgen la sabiduría»<sup>42</sup>.

Y en el Sermón 51, San Agustín expone así el paralelismo Eva-María, señalando razones de conveniencia para que Cristo naciese de mujer: «Engañando al varón, fue propinado el veneno por la mujer; a la hora de reparar al hombre, désele la salvación por medio de la mujer. Que la mujer, engendrando a Cristo, compense el pecado del que fue engañado. Por esta razón también las mujeres sean las primeras que anuncien a los Apóstoles al Dios que resucita. Anunció la mujer la muerte a su marido en el paraíso; anunciaron las mujeres la salvación a los varones en la Iglesia»<sup>43</sup>.

##### 5. LA VOLUNTARIEDAD EN LA CONCEPCION

Si el paralelismo Eva-María se mantiene inmutable en sus líneas fundamentales, la colaboración de Santa María en la obra de la redención se va subrayando conforme se pone de relieve la voluntariedad de su colaboración en el momento de la Anunciación; que en definitiva es la fe la que hace concebir a María. Subráyase con esto la voluntariedad de Santa María en la concepción de Cristo, la plena maternidad —no sólo física, sino también espiritual— por la que la Virgen se une estrechísimamente a la misión redentora del Hijo de Dios. Se encuentra así, en plano análogo al de Eva con respecto a Adán, íntimamente asociada a la obra de su Hijo a la que colabora activamente ya desde el momento de la Encarnación, *creyendo y obedeciendo*. Y por ello es pieza clave de la economía de la salvación, de tal forma que la expresión «*mors per Evam, vita per Mariam*» adquiere todo su relieve. El *fiat* de la anunciación no sólo es aceptación de ser Madre, sino de ser la Madre del Redentor, de forma que donde sobreabundó el delito en Eva, sobreabunde la gracia en María.

Esta peculiar voluntariedad y lucidez con que María acepta ser la Madre del Redentor son puestas de relieve por Agustín de Hipona en conocidísimos textos: «Más bienaventurada es, pues, María recibiendo la fe de Cristo que concibiendo la carne de Cristo. Pues a quien le decía *Bienaventurado el vientre que te llevó*, respondió: *Bienaventurados más bien quienes oyen la palabra de Dios y la guardan*»

<sup>41</sup> *Catechesis*, 12, 15, PG 33, 741 A-B.

<sup>42</sup> *Exp. in Lucam*, 4, 7, PL 15, 1614 B.

<sup>43</sup> *Sermo* 51, 3-4, PL 38, 334-35.

(Lc 11, 27-28) (...). Así de nada habría aprovechado a María la maternal cercanía, si no hubiese llevado a Cristo más felizmente en el corazón que en la carne»<sup>44</sup>. Y San Agustín compara la cercanía de Santa María a su Hijo, con la postura e historia de aquellos hermanos de Jesús que le consideraban loco, para subrayar la importancia de la relación cordial con Cristo. Esto lleva a lo que de raíz han tenido siempre presente los cristianos: que la maternidad de Santa María no puede reducirse a mero instrumento físico mediante el cual se encarnó el Hijo de Dios, sino que incluye una solidaridad de la Madre con la misión del Hijo que le hace influir activamente en la obra de la redención.

El tema es habitual en la patrística. Así se expresa San León Magno: «Es elegida una virgen de la estirpe de David, para que quedase embarazada de un sagrado pacto (quae sacro gravidanda fedu) y concibiese a su Hijo antes en la fe que en el cuerpo»<sup>45</sup>.

#### 6. MARIA, MADRE DE LOS MIEMBROS DE CRISTO

Nueva Eva, Santa María colabora en forma especial en la obra de nuestra redención. Muchos títulos se le dan por esta colaboración. Uno de los primeros y más entrañables, el título de Madre. Madre de las vírgenes, la llama San Jerónimo, para poner de relieve la fecundidad de la virginidad<sup>46</sup>. Y San Agustín escribe en el mismo lugar que acabamos de citar, poniendo también de relieve la fecundidad de la virginidad:

«(Santa María) es madre de sus miembros (de Cristo) cosa que somos nosotros; porque cooperó con su caridad a que los fieles naciesen en la Iglesia, que constituye los miembros de aquella cabeza; corporalmente, en cambio, es madre de la misma cabeza»<sup>47</sup>. Y es que María, «al hacer la voluntad de Dios, *corporalmente* sólo es madre de Cristo; *espiritualmente* también es hermana y madre»<sup>48</sup>. La unión espiritual al Redentor por parte de su Madre es aún mayor que la que le enlaza corporalmente. Es también hermana y madre en la tarea —redención de los hombres— que es razón de ser de su venida a este mundo.

Esta maternidad de Santa María tiene, como es evidente, analogías con la maternidad de la Iglesia. Así lo hicieron notar los Santos Padres. Con fuerza escribe San Agustín en frase parecida a la que hemos citado anteriormente: «¿No vemos en la figura de María

<sup>44</sup> *De sancta virginitate*, 3, PL 40, 397.

<sup>45</sup> *Sermo XX in Natalem Domini*, 1, PL 54, 191.

<sup>46</sup> 'Y sin embargo esta virgen perpetua es madre de muchas vírgenes', *Adv. Jovinianum*, 1, 31 PL 23, 254.

<sup>47</sup> *De sancta virginitate*, 6, PL 40, 399.

<sup>48</sup> *Ibid.*, 5.

un símbolo (typus) de la Santa Iglesia? (...) Ella (la Iglesia) es pues Esposa de Cristo y la Madre de los pueblos»<sup>49</sup>.

#### 7. MARIA Y LA IGLESIA

Esta maternidad, sin embargo, al igual que las expresiones *la salvación por la Iglesia, la salvación por María*, que tienen un evidente paralelismo y una evidente oposición a la figura de Eva, no tienen entre sí el mismo significado, una aplicación idéntica. Recordemos la fórmula de San Epifanio citada anteriormente: «De Santa María, el Señor se plasmó a sí mismo un cuerpo (...) la Iglesia fue edificada de su mismo costado, cuando fue herido y fluyeron de su costado abierto los misterios del agua y de la sangre para nuestra purificación»<sup>50</sup>.

Es evidente que cuando los Santos Padres afirman que la muerte viene por Eva, y la vida por María, se están refiriendo a realidades soteriológicas distintas, aunque en algo coincidentes: su relación con la obra salvadora. Pero, mientras en María su colaboración con la obra de la salvación está en razón directa de su maternidad divina y de la plenitud de esta maternidad —plenitud de maternidad que le lleva a colaborar con la misión del hijo como «hermana y madre»—, en la Iglesia, surgida del costado de Cristo, se refieren al lugar en que se nos aplica la redención.

Como hace notar el P. Cándido Pozo, aunque los matices en este paralelismo dan lugar a que en ningún momento María y la Iglesia puedan considerarse como realidades tratadas sinónicamente. «el tema de la Iglesia como *nueva Eva* se sitúa en la perspectiva de una colaboración de la Iglesia en la realización de la obra salvadora de Cristo, en cuanto que ella, esposa de Cristo y madre de los cristianos, distribuye —especialmente con su acción sacramental— la gracia de la redención. La perspectiva en el caso de María es diversa. El acento se coloca en la realización de la obra misma de la salvación, en una cooperación de María a la obra misma por la que esas gracias se adquieren»<sup>51</sup>.

Es, sin embargo, evidente la universalidad con que es aceptada esta analogía, hasta el punto de aplicar a Santa María aquellos textos que se aplican a la Iglesia y viceversa. Baste recordar este conocido pasaje de San Ambrosio: «Qué hermosas son también aquellas cosas que, en figura de la Iglesia, son profetizadas de María»<sup>52</sup>. Y en el comentario a la escena del Calvario, leemos: «Que te diga a ti también Cristo desde el patíbulo de la Cruz: *He aquí tu madre* (Jn 19,27). Diga también a la Iglesia: *He aquí a tu hijo*, pues comienzas a ser

<sup>49</sup> *Enchiridion*, 34, PL 40, 249.

<sup>50</sup> *Panarion*, 19, PG 40, 729.

<sup>51</sup> C. Pozo, *María en la obra de la salvación* (Madrid 1974) p. 35.

<sup>52</sup> *De institutione virginis*, I, 14, PL 16, 326-27.

hijo de la Iglesia cuando ves a Cristo vencedor en la Cruz. Pues quien estima a la cruz como estupidez, ese es griego. Es, sin embargo, hijo de la Iglesia quien estima que la cruz es triunfo, quien reconoce la cruz de Cristo triunfador»<sup>53</sup>.

Esta relación entre María y la Iglesia es vista sobre todo en la maternidad virginal de ambas: a través de ambas llega la vida de Cristo a los fieles. Los Santos Padres aplican esta analogía con gran libertad literaria; hacen esto porque son muy claras las coincidencias y las antítesis fundamentales: María y la Iglesia engendran las almas para Dios, aunque lo hacen en forma muy diversa, pero su maternidad es real.

#### 8. CONCLUSION

El paralelismo con Eva atribuido por los Padres bien a la Iglesia bien a María tiene como punto común la cooperación de ambas a la obra de la salvación, es decir, la relación que la Iglesia y María tienen con Cristo y con la salvación de los fieles y, más en concreto, con la aplicación de la gracia. De ahí que la mariología se venga enriqueciendo en la pluma de los Santos Padres por esta mutua transferencia de paralelismos.

En cualquier caso, con el paralelismo Eva-María, como reconocían Newmann y Harnack, la consideración teológica se adentra irreversiblemente por caminos cada vez más netos de afirmación de la colaboración activa —y en plano excelso y único— de Santa María con la obra de la salvación. No puede menos de llamar la atención la nitidez con que este paralelismo aparece sin vinculaciones —como verdad pacífica y universalmente poseída— ya en San Justino, y la fuerza con que en sus líneas fundamentales aparece como definitivamente trazada por San Ireneo.

Los siglos posteriores, sobre todo tras Ambrosio, Jerónimo y Agustín, verán una constante mención de este paralelismo, a veces una aplicación más barroca y detallista, pero, como hace notar Roschini, este paralelismo se mantiene a lo largo de los siglos idéntico en cuanto a su sustancia tanto en los homilistas bizantinos, como en Evodio, Pedro Crisólogo, Procopio de Gaza, Sofronio y Juan Damasceno<sup>54</sup>.

Este paralelismo tiene como eje fundamental la relación pecado de Eva-Anunciación de María, y como centro la relación Adán-Cristo, de tal forma que en esto es necesario poner de relieve que todos los autores que usan el paralelismo son profundamente cristocéntricos. Evidentemente, la fuerza con que este paralelismo surge en el siglo II queda hasta cierto punto oscurecida —pasa a un segundo plano en cuanto a producción literaria— por las graves cuestiones cristoló-

gicas que agitan los siglos III y IV. Cirilo de Alenjandria, Basilio de Cesarea, el mismo Atanasio, están totalmente absorbidos, en mariología, por los temas concernientes a la divinidad de Cristo y, en consecuencia, polarizados en torno a la maternidad divina. Y aunque jamás, y mucho menos en estos siglos, la cristología fue separada de la soteriología —nótese el aforismo atanasiano de que lo que no fue asumido no fue curado—, muchos temas soteriológicos apenas se encuentran explicitados, de forma que puede decirse impensable una mayor explicitación, en esta época, de la forma y profundidad con que Santa María colabora en la obra de la salvación, es decir, del ejercicio de su maternidad. Pero al permanecer vivo el paralelismo Eva-María —recuérdese a Gregorio de Nisa—, los frutos teológicos no se harán esperar.

El misterio de María —*sacramentum Mariae* según los Padres—, es un misterio de renovación, de restauración para el género humano y con especiales matices para la mujer. María releva a Eva, la *renueva*, restituye lo femenino a su primitiva perfección.

El fruto teológico del paralelismo Eva-María es claro: así como Eva cooperó con Adán a nuestra perdición, María coopera con Cristo a nuestra salvación. Esta afirmación —tomada al menos en cuanto a su sustancia— puede calificarse como axioma patrístico y comporta otro axioma: la asociación de María a Cristo (*principium consortii*) en la obra de la redención, es decir, su carácter de corredentora. Los Padres no hablan concretamente ni de esta cooperación ni del *principio de consorcio*, pero, informadas, ambas afirmaciones se encuentran claramente subyacentes en su recurso al paralelismo Eva-María, pues para los Santos Padres la economía de la salvación es un auténtico y coherente plan salvador en el que los hechos salvadores se encuentran relacionados entre sí y con los acontecimientos de nuestra caída, y donde los personajes también se encuentran relacionados así como sus acciones: obediencia-desobediencia, Cristo-Adán, Eva-María, con una ley universal, formulada por San Pablo: *Donde abundó el delito, sobreabundó la gracia* (Rom 5,20).

<sup>53</sup> *Exp. in Lucam*, 7, 5, PL 15, 1700 C.

<sup>54</sup> G. Roschini, *Diccionario mariano* (Barcelona 1964) pp. 202-3.